LA MONARQUÍA HISTÓRICA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX*

Jorge Pajarín Domínguez
(Universidad Rey Juan Carlos)

El binomio historia-literatura ha sido tradicionalmente objeto de un fuerte debate crítico en el que han proliferado opiniones contrapuestas[2222]. Evidentemente, para el historiador, la obra literaria tiene un interés totalmente distinto al que persigue el crítico literario, el historiador de la literatura o el lingüista. En las últimas décadas, motivado por el auge de la nueva Historia Cultural[2223], la obra literaria aparece como un documento vivo que es reflejo de la sociedad en la que se produce, de las creencias que dominan la época, de la propia personalidad e identidad del autor y de las acciones que llevan a cabo sus personajes. Por ello, Jover Zamora[2224] no dudaba en afirmar que la literatura se trataba de una fuente «tan indispensable como insustituible» y así lo manifestó en su labor investigadora[2225]. Si bien la literatura en sí misma nunca es historia, como manifiesta Jordi Canal, da lugar a «la posibilidad de acercarse al otro y de multiplicar las vidas»[2226]. Es decir, permite una reconstrucción del pasado a partir de las imágenes ficticias que, sobre la realidad, se insertan en las obras literarias. En contra de la opinión de Herón Pérez Martínez de que la palabra literaria tiene suficiente autonomía y que el texto literario crea un universo de ficción que sólo depende del contexto literario[2227], debemos tener en cuenta que la obra y su autor están influenciados por el ámbito político, social y cultural en el que se enmarcan, lo que resulta fundamental para el trabajo del historiador a la hora de situar y conceptuar la obra, interpretar la historia que cuenta y el mensaje político que desea transmitir. Al fin y al cabo, la literatura, desde el propio surgimiento de la escritura, nació con vocación de adoctrinar a la sociedad, de influir sobre la opinión pública y conformar una determinada cultura popular.

---

* Este trabajo se inscribe dentro de las actuaciones del proyecto «La Herencia de los Reales Sitios. Madrid, de Corte a capital (Historia, Patrimonio y Turismo)» (H2015/HUM3415) de la Convocatoria de Programas de I+D en Ciencias Sociales y Humanidades 2015 de la Comunidad de Madrid y financiado por el Fondo Social Europeo.

2222 Ver Roger CHARTIER: *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992; Paul RICOEUR: *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003; Hayden WHITE: *El texto histórico como artefacto literario*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

2223 Peter Burke definió la nueva Historia Cultural como la «traducción cultural» de los hechos históricos, a partir de la cual abordar la dimensión política y social desde nuevos planteamientos que acerquen a lo cotidiano y a la realidad cultural del periodo que se quiera analizar (Peter BURKE: *¿Qué es la Historia Cultural?*, Barcelona, Paidós, 2006). Interesante lectura, para el tema que nos ocupa, el artículo de Pablo VÁZQUEZ GESTAL: «Despegándose del texto. Los juegos de la 'Nueva Historia Cultural': descripción, narración e interpretación», *Memoria y Civilización*, 4 (2001), pp. 151-186.

2224 José María JOVER ZAMORA: *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, p. 37.

2225 José Manuel CUENCA TORIBIO: «Historia y literatura en la obra de José María Jover», en Rosario RUIZ FRANCO (ed.): *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 2012, pp. 55-70.

2226 Jordi CANAL: «Presentación. El historiador y las novelas», *Ayer*, 97 (2015), p. 15.

2227 Herón PÉREZ MARTÍNEZ: «Historia y Literatura», *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 31 (2010), p. 11.

En este sentido, la literatura del siglo XIX pareció explotar al máximo esta faceta[2228]. Tal y como afirma Romero Tobar, «de todas las interrelaciones entre fuerzas históricas y material artístico, tiene un relieve singular la idea, común en la época, de que la literatura era la forma más elevada del humanismo liberal, es decir, que los textos literarios debían expresar un sistema de pensar y tenían que proponer un modelo de comportamiento»[2229]. La nueva esfera pública liberal nacida con las revoluciones posibilitó, tal y como ha estudiado Marta Palenque, la politización artística, en la que se integra la conjunción escritor-política como rasgo peculiar de la cultura decimonónica[2230]. Así, muchos de los protagonistas del liberalismo español fueron literatos, tales como Donoso Cortés, Martínez de la Rosa, Larra, el Duque de Rivas o José Espronceda, entre muchos otros. De hecho, debido al protagonismo que tiene en la sociedad decimonónica, la literatura termina convirtiéndose en un trampolín para llegar a la política, siendo el ejercicio del periodismo la senda hacia el prestigio literario y protagonismo político[2231]. Sin embargo, esta realidad fue objeto de críticas, como, por ejemplo, Ramón de Mesonero Romanos en su artículo «Costumbres literarias»:

> Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron a aparecer las letras después de un largo periodo de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posición social fueran los primeros a cultivarlas; y de este modo se ofrecieron a los ojos del público con más brillo y consideración. […]. Empero de un extremo vinimos a caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos: unos cultivaron las letras para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga o una embajada. […] Un mero literato no sirve para nada, a menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad. […] De aquí la prostitución de las letras bajo el falso oropel de los hombres cortesanos […][2232].

En ese juego político del siglo XIX, a pesar del auge del liberalismo y de la aparición del Estado-Nación que resquebrajaba los pilares del Antiguo Régimen y la Monarquía absoluta, es evidente que, entre 1808 y 1868, la Corona fue el eje articulador de la política decimonónica[2233]. Así lo aseguró en la tribuna de las Cortes, el escritor y diputado Gabriel García Tassara, quien, ante la decadencia que experimentaban todos los resortes del poder, la Monarquía parecía mantenerse aún en pie:

[2228] Ver Hyden WHITE: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del S.XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

[2229] Leonardo ROMERO TOBAR: «Introducción a la segunda mitad del siglo XIX en España», en Víctor GARCÍA DE LA CONCHA (dir.): *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa, 1998, p. XLII.

[2230] Marta PALENQUE: «El escritor y la política en el siglo XIX», en José Manuel CAMPOS DÍAZ (coord.): *Actas del Simposio Nacional Literatura y Política en el siglo XIX: José María Gutiérrez de Alba*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 1998, pp. 68-70.

[2231] Marta PALENQUE: «Entre periodismo y literatura: indefinición genérica y modelos de escritura entre 1875 y 1900», en Luis F. DÍAZ LARIOS y Enrique MIRALLES (eds.): *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Del Romanticismo al Realismo (Barcelona, 24-26 de octubre de 1996)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1998, pp. 195-204.

[2232] Ramón de MESONERO ROMANOS: *Escenas Matritenses por El Curioso Parlante*, Madrid, Fernando Plaza del Amo, 1991 (ed. facsímil 1851), p. 361.

[2233] José MARTÍNEZ MILLÁN: «La Sustitución del 'Sistema Cortesano' por el paradigma del 'Estado Nacional' en las investigaciones históricas», *Librosdelacorte.es*, 1 (2010), p. 13.

> Cadáver el socialismo, cadáver el liberalismo, cadáver la República, cadáver en cierto sentido hasta el Parlamento, cadáver la filosofía, cadáveres todos los sistemas, cadáveres todos los partidos, cadáver toda aquella gran generación intelectual y política en 1830. Todo es cadáver, señores, todo es cadáver en la Europa de hoy, menos la Monarquía[2234].

Por este protagonismo político, cultural y social, no es de extrañar que la Monarquía, a pesar de su notable decadencia de acuerdo con los parámetros propios del Antiguo Régimen ante el pulso liberal, se convirtiese en una pieza clave del engranaje literario.

El objetivo de este artículo es poder atender, a partir de la literatura, la configuración de las imágenes, representaciones, mitos o símbolos que se construyeron en torno a la institución regia, atendiendo a la dimensión histórica que los escritores del siglo XIX emplearon, más allá que como mero recurso literario, para legitimar y/o criticar la situación de la Corona y sus representantes.

Los reyes medievales en la literatura de siglo XIX: los casos de Pedro I el Cruel e Isabel la Católica

La España decimonónica experimentó una revolución política, social y cultural que no se resolvería hasta finales de siglo. La necesidad de legitimar y justificar el naciente Estado-Nación, ya fuese por parte de las nuevas clases ascendentes que defendían el liberalismo y el fin del Antiguo Régimen o por las viejas élites que optaban por posiciones moderadas y/o próximas al absolutismo, obligó a una (re)interpretación del pasado nacional que derivó en un renovado y creciente interés por la historia. Así lo aseguraba José Muñoz Maldonado en el prólogo de su *España caballeresca*:

> La historia, ese gran maestro de la vida, donde en lo pasado se refleja el porvenir, se ha despojado a su vez de la severidad con que daba sus lecciones; ha cambiado casi enteramente los datos y las bases, ha abandonado el tono cortesano y guerrero que le habían dado la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, para seguir y abrazar la corriente popular, que dígase cuando se quiera, por su fuerza impulsiva es el móvil más poderoso de la civilización[2235].

Pero en esa reinterpretación, se hizo vital encontrar ciertos mitos y valores culturales con los que los ciudadanos españoles del siglo XIX pudiesen identificarse o descolgarse completamente para alcanzar a comprender la necesidad de cambio. En este sentido, la literatura vio en la historia una herramienta de singular valor, no sólo para situar sus tramas de ficción como mero recurso literario sino como elemento desde el que poder hacer auténticos llamamientos ideológicos que conectasen con la realidad contemporánea. Prueba de esa conexión entre historia y literatura en el siglo XIX fue el éxito que tuvieron las novelas o dramas históricos, entre otros géneros literarios[2236].

[2234] *Diario de Sesiones del Congreso*, 12 de diciembre de 1855, pp. 9029-9030.
[2235] José MUÑOZ MALDONADO: *La España caballeresca: crónicas, cuentos y leyendas de la historia de España*, Madrid, Gabinete Literario, 1845, p. VIII.
[2236] Juan Ignacio FERRERAS: *El Triunfo del Liberalismo y de la novela histórica (1830-1870). Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, Taurus 1976.

Entre esos mitos históricos que no pasaron desapercibidos por los escritores destacó la Monarquía y, con ella, los reyes medievales y los miembros de la dinastía Habsburgo volvieron a tener un singular protagonismo literario.

Los dramaturgos y novelistas, especialmente adscritos al Romanticismo, buscaron en sus manifestaciones literarias, el origen de la nación en la Edad Media, situando a varios de sus reyes como los artífices[2237]. Pero no sólo el binomio medievalismo-nacionalismo explicaría ese interés, sino que el recurso hacia el pasado medieval permitía a los escritores decimonónicos volver hacia un pasado trágico y glorioso, recuperar mitos, leyendas, rituales y símbolos con los que poder criticar y afirmar su propia época o expresar sus miedos y aspiraciones[2238]. En este sentido, la figura del monarca aparece como «arma arrojadiza de una opinión política, además de prestarse, por su complejo carácter y su halo de leyendas, a una fácil recreación estética»[2239].

Uno de los reyes medievales más populares en el panorama literario del siglo XIX sería Pedro I «el Cruel» o «el Justo». Se trataba de un personaje con muchísimas posibilidades dramáticas, pues como escribió Fernández y González:

> ¿Necesita un zurcidor de dramas, un personaje tremendo, feroz, entregado a instintos brutales? Ahí está el rey don Pedro. ¿Se quiere para una leyenda tenebrosa una especie de ogro, de vampiro, de tigre humano? Siempre el rey don Pedro[2240].

Tal y como ha estudiado Sanmartín Bastida, la guerra fratricida que protagonizó Pedro I con su hermano Enrique II, su trágica muerte, su política cruel y vengativa, etc., permitió a los escritores decimonónicos trazar una historia paralela con los sucesos que ocurrían en el siglo XIX, especialmente en tiempos de las guerras carlistas, el cuestionamiento a la Monarquía o la impopularidad de la reina Isabel II e, incluso, un personaje con el que asemejar al tan odiado Fernando VII. Pero, además, la figura de este rey de Castilla del siglo XIV «tenía el privilegio de simbolizar valores en alza y otros prohibidos, relacionándose con conceptos de significado ambivalente en esta época, como la crueldad o la promiscuidad sexual, o también con el emergente credo socialista»[2241]. En este sentido, los literatos, en función de sus posiciones políticas e ideológicas, recrearon la historia de don Pedro como reflejo de la opresión del pueblo castellano, mientras que otros lo trataron como un rey justo y tolerante que puso límites a los privilegios de la nobleza frente al emergente poder de la burguesía o estableció alianzas con judíos o árabes. Por ejemplo, en el drama histórico *El zapatero y el Rey*, estrenada en el año 1840, José Zorrilla vuelca en el protagonista, el rey don Pedro, el arquetipo de héroe romántico. En lugar de servirse de una imagen próxima a los monarcas tiránicos y absolutos que el Romanticismo empleaba para denunciar el absolutismo, Pedro I aparece como un rey que lucha no sólo contra aquellos que

---

[2237] Edward Inman FOX: «La invención de España: literatura y nacionalismo», en Derek FLITTER (coord.): *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de 1995*, vol. 4, Birmingham, University of Birmingham, 1998, pp. 1-16.

[2238] José Manuel NIETO SORIA: «Dos Medievos para dos España: Gestación y claves interpretativas», en Julián M. ORTEGA ORTEGA y Rebeca SANMARTÍN BASTIDA (eds.): *Pasados apropiados. El medievalismo español del siglo XIX*, Molina de Segura, Nausícaä, 2013, pp. 15-41.

[2239] Rebeca SANMARTÍN BASTIDA: *La Edad Media y su presencia en la literatura, el arte y pensamiento españoles entre 1860 y 1890*, [tesis doctoral] Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, p. 119.

[2240] Manuel FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *El condestable don Álvaro de Luna (1851)*, vol. 2, Madrid, Editorial Pueyo, 1930, p. 38.

[2241] Rebeca SANMARTÍN BASTIDA: «Un viaje por el mito del rey «cruel»: la literatura y la historia después del Romanticismo», *Revista de Literatura*, 65 (2003), p. 61.

quieren arrebatarle su poder, sino contra los que desean imponer su visión personal sobre la forma de ser del monarca: cruel, autoritario, inepto para el mando…[2242] Zorrilla no justifica en ningún momento las acciones realizadas por Pedro I, pero, fuera de toda concepción anacrónica, las relaciona con su propio contexto histórico y las costumbres de la época:

> Por odio y contrario afán
> calumniado torpemente,
> fue soldado más valiente
> que prudente capitán.
> Osado y antojadizo
> mató, atropelló cruel;
> mas por Dios que no fue él,
> fue su tiempo quien lo hizo[2243].

El éxito de la obra, según Picoche en su introducción y estudio de *El zapatero y el Rey*, se debía a que el tema que planteaba, la alianza entre el rey y el pueblo, tenía enorme vigencia en el momento del estreno, cuando la Corona, representada en la niña Isabel II, se suponía que encarnaba la unión con el constitucionalismo[2244]. Como Zorrilla, otros escritores mostraron una cierta comprensión por el personaje histórico, tales como Fernández y González en su novela *Men Rodríguez de Sanabria*, donde, a partir de la figura de este noble castellano partidario de la causa petrina, se presenta a un Pedro bravucón y sangriento pero justiciero; o el Duque de Rivas, quien incorpora a Pedro I como protagonista de algunos de sus *Romances históricos*, en los que, a partir de la *Crónica de don Pedro I* de López de Ayala, presenta a un rey galán y efusivo en amores, especialmente con María de Pineda y Blanca de Borbón. Por el contrario, con un sesgo negativo en torno a la figura de Pedro I, encontramos los dramas *María Coronel*, de Retes y Echevarría, y *Blanca de Borbón*, obra de Espronceda publicada póstumamente, que se centraron también en los intereses amorosos de Pedro I, aunque esta vez con una visión negativa, dibujando a un rey despreocupado y entregado únicamente al placer de las fiestas; o la obra del republicano Emilio Castelar, *El suspiro del moro*, de claro perfil antimonárquico, donde aparece Pedro «el Cruel» como un rey despreocupado por las necesidades de su pueblo, al que sometió a un «durísimo reinado de verdadero terror», preocupado exclusivamente por su posición en el trono y fortalecer el poder monárquico[2245].

Pero si bien la figura de Pedro I sorprende por su presencia en la literatura decimonónica, no extraña tanto el protagonismo que tiene Isabel la Católica, figura utilizada especialmente por parte de la Corona como elemento de propaganda y legitimación simbólica de la monarquía isabelina. Las dificultades políticas por colocar en el trono a la hija de Fernando VII obligaron a recurrir al pasado y, en concreto, a la reina católica, pues ambas parecían tener el mismo designio: la coincidencia de sexo y de nombre y la circunstancia de que sus reinados fueron precedidos de una guerra civil en la que se cuestionó su derecho a reinar. En este sentido, Isabel la Católica emergió como una figura incuestionable, bajo cuyo recuerdo, Isabel II podía garantizar la unidad de la

---

[2242] Montserrat RIBAO PEREIRA: «Poderosos y Tiranos en la primera parte de *El Zapatero y el Rey*», *Anales de Literatura Española*, 18 (2005), pp. 304.
[2243] José ZORRILLA: *El zapatero y el rey*, Madrid, Castalia, 1980, p. 69.
[2244] Jean-Louis PICOCHE: «Introducción», en José ZORRILLA*: El zapatero y…,* p. 45.
[2245] Emilio CASTELAR: *El suspiro del moro. Leyendas, tradiciones, historias referentes a la conquista de Granada*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1886, p. 7.

nación liberal dividida por el conflicto carlista, el ejemplo de la mujer gobernante y católica[2246]. Al fin y al cabo, Isabel de Castilla se había convertido en un modelo idealizado desde su muerte, cuyas características, lejos de los estereotipos dominantes en la historiografía en torno a otras reinas del Antiguo Régimen, vistas como meras reinas cortesanas cuya desastrosa gestión política dio lugar al autoritarismo y absolutismo regio, podían contribuir a la construcción y propagación del ideal moral de la mujer burguesa del siglo XIX[2247].

Evidentemente, la literatura no se mantuvo al margen en esa construcción idealizada en torno a Isabel la Católica, tal y como podemos apreciar en varias novelas históricas, como *Isabel Primera. Novela histórica original* (1853) de Francisco José Orellana, *Isabel la Católica* (1859) de Mariano Juderías e *Isabel la Católica* (1878) de María del Pilar Sinués. Esta última obra adquiere un especial interés, pues en ella la autora trasladó algunos de los postulados que defendería en su estudio *El ángel del hogar* (1881), mostrando especialmente a la reina católica en su rol de madre, esposa y educadora de sus hijos, destacando su religiosidad devota y su dedicación a las cuestiones del hogar[2248]. En este sentido, también hallamos referencias a la reina de Castilla en la novela de José Selgas, *Una madre* (1883), donde en su llamamiento hacia la mujer, «como quiera que la casa es su verdadero centro, la atmósfera que le es propia, el elemento de su vida moral, el mundo en que verdaderamente vive», sitúa a la reina católica como ejemplo de perfecta mujer casada: «con la natural y majestuosa mansedumbre con que Isabel la Católica, la más grande y la más sencilla de las reinas, debía de coser la ropa blanca de su augusto esposo»[2249]. Asimismo, Tamayo y Baus, en su drama histórico *Locura de amor* (1855) sobre los celos de la reina Juana la Loca por Felipe el Hermoso, si bien humaniza y sitúa a la primera como víctima de las aventuras de su libertino esposo, no duda en enfrentarla a la imagen inmaculada de su madre en una conversación que mantienen un mesonero y varios trajinantes en el acto 2:

> TRAJINANTE 1. Fuera doña Juana como su madre doña Isabel.
>
> TRAJINANTE 2. Aquella sí que fue toda una Reina.

[2246] Rosa Ana GUTIÉRREZ LLORET: «Isabel II, de símbolo de la libertad a deshonra de España», en Emilio LA PARRA (coord.): *La imagen del Poder. Reyes y Regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, 2011, pp. 227. Ver Jorge VILCHES: *Isabel II. Imágenes de una reina*, Madrid, Marcial Pons, 2007; M.ª Inmaculada BERMÚDEZ RUIZ-CABELLO: «Influencias en la imagen pública y privada de una reina: Isabel II (1833-1868)», *APORTES*, 83, (2013), pp. 123-143.

[2247] Laura OLIVÁN SANTALIESTRA: «Nuevas imágenes y perspectivas de dos mitos femeninos en la historiografía de los siglos XX y XXI: Isabel I de Castilla frente a la Regente de la monarquía hispánica Mariana de Austria», en María Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO y Gloria FRANCO RUBIO (coords.): *Actas de la VIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna: (Madrid, 2-4 de junio de 2004)*, Vol. 1, 2005, pp. 539-540.

[2248] Ver Isabel MOLINA PUERTOS: «La doble cara del discurso doméstico en la España liberal: El *Ángel del Hogar* de Pilar Sinués», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 8 (2009), pp. 181-197; Mónica BURGUERA LÓPEZ: «Al ángel regio. Respetabilidad femenina y monarquía constitucional en la España posrevolucionaria», en Encarna GARCÍA MONERRIS, Mónica MORENO SECO, Juan I. MARCUELLO BENEDICTO (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, PUV, 2013, pp. 131-150; Rosa Ana GUTIÉRREZ y Alicia MIRA: «Ser reinas en la España constitucional. Isabel II y María Victoria de Saboya: legitimación y deslegitimación simbólica de la monarquía nacional», *Historia y Política*, 31 (2014), pp. 139-166.

[2249] Vicente RODRÍGUEZ VALENCIA: *Isabel la Católica en la opinión de españoles y extranjeros: siglos XV al XVI*, Valladolid, Instituto «Isabel La Católica» de Historia eclesiástica, 1970, p. 309.

MESONERO. Ay amigos, la Reina Isabel fue conjunto maravilloso de todo lo bueno, que no parece, sino que el cielo quiso reunir en un alma sola cuantas virtudes adoraron los hombres, repartidas entre los mejores monarcas de la tierra.

TRAJINANTE 2. Y oí decir que lo mismo era para ella un conde o duque que el más miserable labriego.

[…]

MESONERO. A ella debemos el poder hoy respirar sin temor de que los señores nos traten peor que a sus perros de caza.

TRAJINANTE 1. Por ella somos algo en el mundo.

TRAJINANTE 2. ¡Cuánto trabajó la pobre! ¡Cuánto pasaría por nosotros!

MESONERO. ¡Qué! Si no tenía más fin que hacer la dicha de su pueblo.

TRAJINANTE 3. Y diz que murió como una santa.

MESONERO. No es mucho que muera como santo quien como tal haya vivido.

TRAJINANTE 1. Una mujer así no debía morirse nunca[2250].

De hecho, Juana se lamenta de no seguir los pasos de su madre y dejarse llevar por sus sentimientos e impulsos de mujer y no poder reprimirse:

> Muchas veces se presenta a mis ojos en la inmensidad del vacío la venerada sombra de mi madre Isabel, señalándome un mando con la una mano y con la otra mano otro mundo; […] Y oigo que la voz de la reina Isabel me dice, piensa en tus sagrados deberes; y yo pienso en ti; ama a tu pueblo; y yo a ti te adoro; conserva mi herencia, auméntala si es posible, civiliza, regenera, salva; y mi corazón solo responde, amo en cada uno de sus latidos; y quiero llorar como reina arrepentida, y lloro como mujer enamorada[2251].

No obstante, fueron las hazañas habidas durante el reinado de Isabel la Católica las que sirvieron especialmente de trama para muchas de las composiciones literarias. Al fin y al cabo, tal y como ha estudiado Álvarez Junco, el mito de la «madre de la patria» se refleja especialmente en la figura de Isabel la Católica, quien encarnaba a la perfección los ideales de patria y de nación que tanto necesitaban las corrientes políticas del siglo XIX para justificar el Estado-Nación español[2252]. Por ejemplo, la conclusión de la Reconquista tras casi ocho siglos contra el musulmán, con la toma de Granada, fue uno de los episodios más repetidos en la ficción literaria para reivindicar la figura de Isabel I. A este respecto, encontramos el poema oriental de José Zorrilla, *Granada*, publicado por primera vez en 1852 y cuyo protagonismo, a pesar de ser un poema épico sobre la Granada musulmana, recae en su segundo tomo en Isabel la Católica, tal y como estudió Rodríguez Valencia[2253]:

Isabel, en cuya alma generosa
Puso Dios cuanto bien lo humano encierra,
Pura, modesta, noble y piadosa,

[2250] Manuel TAMAYO Y BAUS: *La locura de amor: drama en cinco actos*, Madrid, Imprenta de F. Abienzo, 1855, p. 27.
[2251] *Ibid*., p. 19.
[2252] José ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 47-48; pp. 60-64.
[2253] Vicente RODRÍGUEZ VALENCIA: *Isabel la Católica…,* p. 263.

Fue la reina más grande de la tierra.
Dulce y tierna a la par que vigorosa,
Diligente en la paz, sabia en la guerra,
Dio al bueno premio, al infeliz consuelo,
Y de damas y reinas fue modelo
Dio su aliento real valor a España,
Gloria a su sexo y a su edad decoro:
Para empresa de honor, propia o extraña,
No rehusó jamás fatiga ni oro.
Cada memoria suya es una hazaña:
Del cristiano fue prez, terror del Moro:
Dios, en fin, a su aliento soberano
Abrió no más el mundo americano.
[…]
Tuvo en su alma varonil asiento
La virtud inflexible y verdadera:
Nueva edad comenzó su nacimiento:
Fue su genio la antorcha de otra era:
Su victorioso nombre llenó el viento:
Su gloria vivirá imperecedera:
Con orgullo español mi voz la canta,
Mi fe venera su memoria santa […][2254].

Isabel se presenta así en la pluma de Zorrilla como la artífice del glorioso pasado español. En una línea similar y sobre la toma de Granada y la caída del reino nazarí, encontramos un conjunto de novelas de Manuel Fernández y González: *Allah Akbar: Leyenda de las tradiciones y sitio de Granada* (1849), *El laurel de los siete siglos* (1850) y *La Alhambra: leyendas árabes* (1860). En ellas, a pesar de la compasión mostrada hacia el vencido, el musulmán, se sitúa al lado del vencedor, es decir, de los Reyes Católicos[2255]. No obstante, con motivo de la Guerra de África (1859-1860), Fernández y González recupera para *El Museo Universal* los dos últimos capítulos de *Allah-Akbar* publicándolos en su folletín, al que añade un memorándum de Isabel la Católica como prefacio, en el que llama al ejército español a continuar la labor de la reina católica:

> Este año, el zumbido continuo de la gran campana de la Torre de la Vela, no será como otros años un eco de glorias pasadas; será una voz que repetirá incesantemente durante un día la última, ardiente, previsora, magnífica voluntad de Isabel la Católica, impuesta a sus descendientes en la hora de su agonía: 'No olvidéis, no dejéis la conquista de África'. […] Un ejército español acampa sobre el África: ante él han caído multitud de vuestros descendientes. Ese ejército va por las llaves de Granada, de Córdoba y de Sevilla, que guardan aún vuestros nietos, esperando volver a abrir con ellas las puertas de aquellas ciudades perdidas para ellos.

[2254] José ZORRILLA: *Granada: poema oriental; precedido de la Leyenda de Al-Hama*, vol. 2., París, Imprenta de Pillet fils ainé, 1852, pp. 48-49.
[2255] María Teresa del PRÉSTAMO LANDÍN: «Reescrituras decimonónicas del siglo XV español: *El Suspiro Del Moro* en la narrativa de Manuel Fernández y González», *Lectura y Signo*, 11 (2016), pp. 11-26.

> Ese ejército, en nombre de Dios y de la patria, va a cumplir la última voluntad de Isabel la Católica[2256].

La toma de Granada se convertía así en un instrumento político y literario con el que justificar la guerra de África, aprovechando la circunstancia de que se trataba del supuesto mismo enemigo: el musulmán. En este sentido, vemos cómo Isabel la Católica, los Reyes Católicos en conjunto, sirvió como imagen de construcción del Estado-Nación, ejemplo de la «españolidad» que pretendía inculcarse a la opinión pública.

La dinastía Habsburgo en la literatura del siglo XIX: Carlos I y Felipe II

Los representantes de la Casa de los Austrias recibirían, en gran medida, un tratamiento literario y político negativo durante el siglo XIX. Se trataba de una interpretación histórica contraria a los reyes Habsburgo que ya se había puesto de manifiesto en el siglo XVIII con la llegada de los Borbones al trono español como una fórmula de legitimación del poder de la nueva dinastía reinante. Sin embargo, en el siglo XIX esta visión anti-Habsburgo respondía, no tanto a un análisis crítico de los siglos XVI y XVII, sino a la crítica del progresismo y republicanismo hacia todo lo que suponía el Antiguo Régimen con la mirada histórica puesta siempre en los conflictos políticos decimonónicos, como el absolutismo, la represión de instituciones representativas, la intolerancia religiosa o las continuas crisis económicas[2257]. Tal y como asegura Rey Hazas, los escritores del siglo XIX, guiados por la defensa de la libertad y hacer de España un país libre y amenazados por Napoleón, Fernando VII, la Inquisición o los carlistas, no dudaron en establecer un cierto paralelismo entre la tiranía de los Austrias con los opresores decimonónicos[2258]. En este caso, los Austrias Mayores, Carlos I (V) y su hijo Felipe II, fueron el principal blanco de las críticas vertidas en la literatura.

Para el caso del emperador español, los escritores del siglo XIX optaron por situarse en el papel de las víctimas de su política absolutista y represora. En este caso, no dudaron en dar un notorio protagonismo a los Comuneros, convertidos Padilla, Maldonado o Bravo, entre otros, en auténticos héroes que encarnaban los valores de la revolución liberal. En este sentido, destaca Ventura García Escobar con sendas novelas históricas: *Los comuneros de Castilla* (1859) y *La estrella de Villalar* (1861), a modo de continuación de la primera. En *Los comuneros de Castilla*, García Escobar no duda en situar a Carlos I como un rey extranjero, despótico y tiránico que no respetó las leyes y costumbres del pueblo castellano y, por tanto, español, lo que ensuciaría por siempre la labor de toda su descendencia:

> Don Carlos con tales errores de su gobierno y las ofensas de su venganza, hiriendo profundamente el sentimiento nacional, divorció su persona y dinastía y las enajenó para

---

[2256] Manuel FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: «La toma de Granada y el suspiro del moro», en *El Museo Universal* (1 de enero de 1860), pp. 2-3 y *El Museo Universal* (8 de enero de 1860), pp. 10-11.
[2257] Juan Ignacio FERRERAS: *El Triunfo del Liberalismo…*
[2258] Antonio REY HAZAS: «Carlos V y Felipe II ante el tribunal de la literatura neoclásica y romántica del XIX», en José MARTÍNEZ MILLÁN y Carlos REYERO (coords.): *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. 2, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 304--306.

> siempre el corazón y la confianza de los altivos pueblos españoles. Así es, que la dominación de su descendencia fue una serie de luchas entre las despóticas tendencias del autocracismo alemán y las populares aspiraciones de nuestras franquezas municipales; y la raza austríaca, venida en mal hora para arrancarnos el patrimonio de libertad, de tradicional gobierno y de tutelares usanzas, conquistado y mantenido con la sangre de muchas generaciones, se aprovechó perfectamente de aquellas disidencias, para llevar a cabo su obra de ingratitud y de deslealtad[2259].

Por medio del ejemplo de Carlos I y cómo la dinastía Habsburgo perdió la corona española, Ventura Rodríguez parece hacer un llamamiento a la monarquía sobre la necesidad de respetar y atender las súplicas del pueblo, pues los reyes también reciben justicia:

> La tiranía de Carlos I fue bien pagada porque costó el Trono a sus descendientes. Los castellanos negaron su apoyo y adhesión al pretendiente alemán, cuando les llamó contra el nieto de Luis XIV […]. Y solamente por la indignación y el aborrecimiento público, se comprende la caída de una dinastía que había reinado casi dos siglos, que tenía a discreción de su Gobierno absoluto todos los resortes del país; que debería tener hechuras, amigos y parciales, y que peleaba dentro de su casa contra el extranjero. Pero todo es nada sin el amor de los pueblos. […] Carlos I había cometido un error, y la expiación era necesaria. También hay justicia para los Reyes[2260].

De todos los héroes comuneros que aparecen en la obra, es, quizás, Juan Padilla el que representa mejor el espíritu revolucionario en contra de la tiranía que representaban los Habsburgo y, en una visión más amplia, bajo la luz del liberalismo, el absolutismo. La siguiente proclama que enuncia Padilla en la novela no dista mucho de los pronunciamientos militares que tan frecuentemente tuvieron lugar durante todo el siglo XIX para resquebrajar los cimientos del Antiguo Régimen:

> Es llegado el momento de mostrarnos dignos de nuestros abuelos, y de salvar nuevamente en campos de batalla la salud de nuestro país. […] Sabéis, y todos sentís, las grandes, las nobles y justísimas causas, que nos obligaron a volver por la libertad, por el honor y por el pro de la nueva patria. […] A la representación justa, a la voz mesurada del Estamento se ha respondido lanzando de la tierra a los procuradores; a la legítima reivindicación de sus franquezas por las ciudades, se ha respondido con la picota y la cuchilla; […] y en fin a las leyes, a la nobleza y a la lealtad de España con el desprecio, con el ultraje, con la violación de los divino y humano[2261].

En la estela de Ventura García, es posible encontrar otras novelas como una anónima titulada *Liga de Ávila. Novela del tiempo de las Comunidades de Castilla* (1847), o *La Estrella de Villalar* (1861) de E. Llofrín, así como la *Oda a Juan Padilla* de Quintana, compuesta en el año 1797. Otros autores enfocaron su mirada hacia María Pacheco, la mujer de Padilla, como fueron los casos de Vicente Barrantes y Moreno, *La viuda de Padilla*. *Novela histórica original* (1857) y Francisco Martínez de la Rosa con su tragedia *La viuda de Padilla*, estrenada en Cádiz en 1812 y publicada por primera vez en 1814. En ella, el autor dramatiza la rebelión de los comuneros de Castilla contra Carlos I en términos de libertad frente al poder despótico representado por la monarquía. Tal y como reconoció Martínez de la Rosa, esta obra de teatro estaba estrechamente vinculada al

---

[2259] Ventura GARCÍA ESCOBAR: *Los comuneros. Novela histórica*, Madrid, Imprenta La Iberia, 1859, pp. 451-452.
[2260] *Ibid*., pp. 454-455.
[2261] *Ibid*., p. 68.

contexto histórico que vivía España cuando fue estrenada, como era la Guerra de la Independencia. Toledo, única ciudad que se mantiene firme y sin rendirse bajo el liderazgo de la viuda de Padilla, parece ser un reflejo de la ciudad de Cádiz, asediada por las tropas francesas y sede de las Cortes que luchan por la libertad del pueblo español. En estos términos que tanto debieron animar al público de 1812, se refiere María Pacheco:

> No el fuerte aliento
> nos falte, amigo, cuando más lo exigen
> la patria y el honor. Últimos restos
> del partido infeliz que defendiera
> la libertad del castellano pueblo,
> en el último trance, digna muestra
> de constancia y valor hacer debemos.
> Así lo pide la expirante patria […][2262].

De esta manera, la obra se presenta como un verdadero manifiesto liberal, cuyo personaje central es María Pacheco, quien, cercada en Toledo por el emperador, resiste todo tipo de amenazas, traiciones, manipulaciones, acuerdos… hasta que tiene que decidir entre la muerte o renunciar a la libertad, decisión que toma despreciando a un pueblo que no la sigue.

> ¡Esclavos, que abomino y que desprecio,
> gozad vosotros del perdón infame;
> mi libertad hasta el sepulcro llevo![2263]

Otras obras no se mostraron tan críticas con Carlos I y optaron por un enfoque más tradicional e incluso evocativa, en algunos momentos, de la grandeza del emperador español, tales como *Carlos V y la Victoria* (1862) del carlista Julio Nombela, *Carlos I de España o Los siete embajadores. Novela histórica* (1851) de Sánchez de Fuentes, o la obra de Leandro Herrero, *El monje del Monasterio de Yuste. Leyenda tradicional del siglo XVI* (1859), centrada en los últimos años de Carlos I, ya retirado de la política y del gobierno de la Monarquía.

Con mayor dureza se dirigieron los escritores del XIX hacia Felipe II, dependiendo de sus tendencias políticas. Según López-Vela, de los debates históricos y literarios que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIX, la figura de Felipe II ocupó un lugar predominante, en el que se aprecia una creciente tensión histórico-política[2264]. No obstante, en líneas generales, los escritores románticos proyectaron sobre este monarca «toda la dureza de que fueron capaces, que fue considerable, y al que tildaron de monstruo de maldad, perversidad, crueldad y vileza sin par, de tirano sin alma y déspota impávido, sediento de sangre y casi satánico»[2265].

Tal y como ha estudiado Díez Borque, los sucesos «confusos, oscuros y escandalosos» que tuvieron lugar durante el reinado de Felipe II no pasaron desapercibidos por la literatura española

---

[2262] Francisco MARTÍNEZ DE LA ROSA: *La viuda de Padilla. Tragedia original en cinco actos*, Madrid, Imprenta que fue de García, 1814, p. 2.
[2263] *Ibíd*., pp. 77-78.
[2264] Roberto LÓPEZ-VELA: «Historiografía y recreación de la historia. Felipe II y el debate sobre la monarquía en la Restauración», *Revista de Estudios Políticos*, 126 (2004), pp. 59-90.
[2265] Antonio REY HAZAS: «Carlos V y Felipe II…», p. 305.

del XIX[2266]. En este sentido, la leyenda negra sirvió como vehículo literario con el que poder difundir y agrandar ciertos estereotipos que se venían repitiendo a lo largo de los siglos, fuera y dentro de España y con la que los escritores próximos a las ideas liberales, progresistas y republicanas, se hiciesen eco de la leyenda negra existente en torno a este monarca despótico, tirano y criminal[2267]. En este sentido, encontramos referencias al supuesto asesinato del hijo del rey, el príncipe don Carlos, en la obra de Juan Francisco Díaz, *El príncipe Don Carlos. Leyenda histórica* (1832); la revuelta de los moriscos de las Alpujarras, en *Los Monfíes de las Alpujarras* (1859) de Manuel Fernández y González; la represión inquisitorial que se ejercía durante el reinado de Felipe II es el tema de la obra de Eugenio Ochoa, *El auto de fe. 1568* (1837), de claros tintes anticlericales y donde se trata a Felipe II de inquisidor vengativo y padre cruel; sobre el hermanastro del rey don Juan de Austria y la guerra en los Países Bajos, la obra de Juan de Ariza, *Don Juan de Austria o Las guerras de Flandes* (1847) y otros tantos componentes de la leyenda negra que permitían reflejar en la literatura los abusos absolutistas de la Monarquía.

Ejemplo de ello es la novela histórica de corte romántico de Patricio de la Escosura, *Ni rey ni roque* (1835), sobre el famoso proceso de Madrigal en el que Gabriel Espinosa, pastelero de la villa, fue mandado asesinar tras descubrirse una conspiración para que ocupara el trono portugués al afirmar ser el rey Sebastián de Portugal, tema que también abordaría años después Manuel Fernández y González en *El Pastelero de Madrigal* (1862), entre otros. Escosura, quien escribió su obra durante su destierro en Olvera, muestra un total posicionamiento antifelipista, culpando al *Rey Prudente* de la lamentable situación que atravesaba la Portugal moderna bajo el dominio castellano. Felipe II, a pesar de no aparecer directamente nunca en escena, está presente en todo momento en la obra, recibiendo continuos y duros ataques y reproches:

> Cobarde, como su padre valiente; cruel, como aquel generoso; y fanático, como religioso era Carlos, ningún crimen arredraba a Felipe cuando se trataba de su seguridad, de su venganza, o de los mal entendidos intereses de su religión Parricida en el príncipe don Carlos, fratricida en don Juan de Austria, ¿qué podía esperarse que hiciese con sus sobrinas [hijas de don Juan de Austria]?[2268]

Escosura no duda en culpar a Felipe II del estado de confusión y lamentable situación en la que se encontraba Portugal tras su unión a los reinos hispánicos. Su posicionamiento en contra de Felipe II lleva a Escosura a dar total verosimilitud al mito del sebastianismo y convertir a Gabriel Espinosa en el verdadero rey legítimo de Portugal, asesinado por la ambición del monarca español. La ficción, por tanto, tal y como argumenta Muñoz Sempere, se hace dueña del relato histórico con la única finalidad de Escosura, no de dotar a la trama de un argumento original y novedoso, sino de dirigir su pluma contra Felipe II[2269]. No obstante, tal y como ha analizado Teruelo Núñez, el título *Ni rey ni roque* desmontaría el relato y supone el cierre a la lectura de la obra. Por lo tanto, a la pregunta «¿Quién es entonces ese personaje que según el título no es ni lo uno ni lo otro, ni

---

[2266] José María DÍEZ BORQUE: «Felipe II en la novela histórica española del siglo XIX», en José MARTÍNEZ MILLÁN y Carlos REYERO (coords.): *El siglo de Carlos V y Felipe II…,* pp. 261-278.
[2267] Ricardo GARCÍA CÁRCEL: «Felipe II y la leyenda negra en el siglo XIX», en José MARTÍNEZ MILLÁN y Carlos REYERO (coords.): *El siglo de Carlos V y Felipe II…,* pp. 353-371.
[2268] Patricio de la ESCOSURA: *Ni rey ni roque. Episodio histórico del reinado de Felipe II, año de 1595. Novela original*, vol. 2, Madrid, Imprenta de Repullés, 1835, p. 78.
[2269] Daniel MUÑOZ SEMPERE: «Historia como novela y novela como historia en *Ni rey ni Roque* (1835) de Patricio de la Escosura», *Bulletin of Spanish Studies*, 88 (2011), pp. 57-71.

pastelero ni rey?», parece resolverse que Gabriel de Espinosa se trataría de un suplantador que, haciéndose pasar por pastelero, intentaba suplantar al rey portugués[2270].

Asimismo, la muerte de Juan de Escobedo, secretario de Felipe II, con la consiguiente persecución de Antonio Pérez y el asesinato de Lanuza, Justicia de Aragón, centró la trama de varias obras literarias. Entre ellas, podemos destacar la tragedia romántica del Duque de Rivas, *Lanuza* (1822), donde ensalza la figura del Justicia de Aragón por anteponer la justicia y la ley a los deseos y caprichos del rey, aunque ello le costase la muerte. Así defiende su papel Lanuza en la obra de teatro:

> Yo no temo ni al rey Felipe ni al tropel de esclavos que el nombre de soldado envileciendo sirven a la opresión y tiranía; seres tan degradados los desprecio. Sólo temo a los pérfidos traidores, hijos espurios de Aragón, que, fieros, se gozan en los males de la patria, y, ocultos, ansían desgarrarle el seno. […] Protejo sólo de Aragón las leyes, protejo sólo de Aragón los fueros. Si es Pérez criminal, terrible caiga la segur de la ley sobre su cuello. Pero sólo la ley ha de juzgarle, no la arbitrariedad[2271].

La obra, estrenada durante el Trienio Liberal con gran éxito, es un grito contra el absolutismo. Lanuza representa así al héroe romántico y liberal que muere por sus ideales, por el bien común y que espera que su muerte sirva de lección a un pueblo para levantarse en pro de la libertad y la justicia:

> Ve a decirle a tu feroz monarca, para que tiemble en su dosel soberbio, que en mí no se concluyen los valientes, ni va a extinguirse, al dividir mi cuello, la estirpe generosa de esforzados que ansían dar la libertad al suelo. Si el fuego del honor que ardió en Padilla tornó a inflamarse en mi ardoroso seno, también mi pura sangre derramada se verá re novada en otros pechos, que acaso lograrán la insigne empresa de hacer a España libre. Sí, mis restos, mis restos gloriosos tal vez pueden germinar una raza de alto esfuerzo que humille al ominoso despotismo; y un día llegará, ya lo preveo, que venzan la razón y la justicia, y en que de la maldad triunfen los buenos, y, rotas las cadenas del oprobio, goce la libertad el orbe entero[2272].

Pero no sólo las acciones de Felipe II fueron objeto de crítica por parte de la literatura. Los lugares frecuentados por el monarca, sus objetos particulares, etc. no pasaron desapercibidos por algunos escritores. En especial, su lugar de retiro espiritual y de recreo predilecto, el Real Sitio y Monasterio de San Lorenzo del Escorial, el cual, de acuerdo con Delicado Martínez, «nunca gozó del buen criterio de los románticos, tan idílicos y tan irónicos […]; acaso por constituir el monasterio un mundo hermético y siniestro; o tal vez por no ser un edificio de estilo goticista como ellos hubiesen deseado»[2273]. No obstante, las características arquitectónicas y artísticas no fueron la principal arma arrojadiza contra el Escorial. Su consideración como símbolo del reinado de

---

[2270] M.ª Sol TERUELO NÚÑEZ, «*Ni rey ni roque*. Valor y significado del título», *Archivum*, 34-35 (1984-1985), p. 376.
[2271] DUQUE DE RIVAS [Ángel de Saavedra]: «Lanuza», en Obras completas, Madrid, Aguilar, 1956, p. 784; p. 789.
[2272] *Ibid*., pp. 814-815.
[2273] Francisco Javier DELICADO MARTÍNEZ: «El Escorial en los libros de viaje de época romántica», en Francisco Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (coord.): *Literatura e Imagen en El Escorial. Actas del Simposium (1/4-IX-1996)*, San Lorenzo del Escorial, Estudios Superiores del Escorial/Instituto Escurialense de Investigaciones históricas y artísticas, 1996, pp. 596.

Felipe II, de su propia personalidad, de su hermetismo, fanatismo e intolerancia fueron las razones de las críticas vertidas por los escritores decimonónicos[2274].

> Para bien o para mal, Felipe II y El Escorial se vieron siempre como las dos caras de una misma moneda, sirviendo siempre de punto de referencia obligada, por lo que, ineludiblemente, la opinión que se tuviera sobre el uno condicionaría los juicios que se vertieran sobre el otro. En consecuencia, a la hora de referirse a El Escorial, en cualquiera de las manifestaciones artísticas, existía una clara predisposición dependiente de la ideología de cada artista[2275].

Aquellos que añoraban la grandeza de España, asociándola al reinado de Felipe II, presentaban a El Escorial como su mejor retrato, el compendio de sus virtudes. Pero no es el caso de dos textos literarios manifiestamente antifilipinos y antiescurialenses. El primero de ellos es el poema de Quintana *El Panteón del Escorial*, compuesto en el año 1805, el cual revela, según Aranzabe Pérez, «con extrema sencillez su característico dramatismo, hasta el punto de elaborar una verdadera escena teatral repleta de personajes históricos más o menos adulterados o, mejor dicho, en concordancia con la obra, adaptados al papel a representar en el poema teatral»[2276]. En los más de 300 versos que ocupa, Quintana no duda en atacar a todos y cada de los miembros de la dinastía Habsburgo, con especial ensañamiento hacia Felipe II, atormentado por dos de sus víctimas, según la leyenda negra y que Quintana no duda en dar veracidad: el príncipe don Carlos y la tercera mujer de Felipe II, Isabel de Valois, ambos asesinados por Felipe II, según la leyenda negra:

PRÍNCIPE DON CARLOS

¡Oh hipócrita! La sombra
De la muerte te oculta, ¿y aún pretendes
Fascinar, engañar? Cuando asolados
Por tu superstición reinos enteros,
Yo los osé compadecer, tú entonces
Criminal me juzgaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del fanático Felipe
No pudo sin delito haber clemencia,
¿Cuál fue, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?

ISABEL DE VALOS

¿Qué la valdrá que en su virtud confíe
Si la envidia en su daño no reposa,
Y la calumnia hiriéndola se ríe?
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.
Quise al cruel que se llamó mi esposo
Un horror impedir, y éste es mi crimen.
Pedí por ti con lágrimas; mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte, perecí contigo

De esta manera, Felipe II aparece dibujado por Quintana como un «tirano», «fanático», «bárbaro», «perverso», «hipócrita», «vil», «cruel» y una larga lista de descalificativos que relejan el tormento al que se ve sometido el monarca español en el mundo de los muertos. Sus descendientes, calificados por el príncipe don Carlos como «imbéciles» y que, en palabras del

---

[2274] John H. ELLIOTT: «El Escorial, símbolo de un rey y de una época», en *El Escorial. Biografía de una época [La historia]*, Madrid, Fundación para el apoyo de la cultura, 1986, pp. 14-25.
[2275] Jesús GUTIÉRREZ BURÓN: «El Escorial en la creación artística del siglo XIX», en Francisco Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (coord.): *Literatura e Imagen en El Escorial…,* p. 436.
[2276] Imelda ARANZABE PÉREZ: «Personajes históricos en el poema "El Panteón del Escorial" de Manuel J. Quintana», en Francisco Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (coord.): *Literatura e Imagen en El Escorial…,* p. 551.

autor, «en vez de amor u horror, desprecio sólo / y piedad injuriosa me inspiraron», son sometidos a la burla y cuestionados por sus acciones. Así, de Felipe III ridiculiza su faceta religiosa («Yo nací para orar: un solo día / Quise mostrarme rey, y de sus lares / A las arenas líbicas lanzados»), le culpa de las guerras que en su nombre se dieron («Un millón de mis súbditos se vieron. / Los campos todos huérfanos gimieron, / Llora la industria su viudez; ¿qué importa? / Su voz no llegó a mí») y de entregar el Gobierno a un «mercenario vil, cuya avaricia, /Mientras más atesora, más codicia», en alusión al duque de Lerma. Con respecto a Felipe IV, le culpa de provocar la decadencia de España («Ya el trono de oro, / Que a tanto afán alzaron mis abuelos, / Debajo de mis pies se derrocaba») y de no haber gobernado para entregarse a «juegos, danzas, farsas»[2277]. Por último, a Carlos II lo tacha de «inútil» y le acusa de haber entregado la Corona a Francia, en clara alusión a los sucesos contemporáneos que estaban ocurriendo en la España de principios del siglo XIX, pues tal y como aprecia Rey Hazas, Quintana llama a «la libertad que necesita el pueblo español para enfrentarse al peligro que le amenaza, al peligro de la invasión napoleónica, que vislumbra con claridad en abril de 1805, cuando escribe este interesante diálogo de espectros regios escurialenses»[2278].

También el Escorial es el escenario literario de la novela gótica de Gabino Leonor, *Los misterios del Escorial* (1845). En ella, más allá del gusto romántico por lo fantasmagórico, nocturno, tétrico, etc., y ciertos estereotipos de la leyenda negra en torno al reinado de Felipe II, se narra la construcción de El Escorial, teniendo como trama social la rebelión que protagonizan los obreros mal pagados en contra del valido del *Rey Prudente*, Ruy Gómez de Silva, y la camarilla que rodea al monarca. De hecho, lo más relevante de la obra es cómo alaba los movimientos de reivindicación del pueblo frente a la tiranía monarquía, con especial detenimiento a la simpatía existente en torno al movimiento obrero. Ante el rey, uno de los trabajadores dice:

> El sudor del triste jornalero, que espera su pagar para dar pan a su familia, ese sudor que vierte acortando los días de la vida, es apreciable, y debe ser recompensado sin dilatarlo un momento. El que manda trabajar a un infeliz y no le paga, es un ser inmundo, un verdugo de la humanidad; ese está dejado de la mano del Altísimo: nuestra petición es justa; hemos trabajado hace tres días sin comer, mientras los extranjeros dejan exhaustas las arcas del tesoro por pagarlos adelantado, y a nosotros se nos paga siempre atrasos, y en monedas de suela[2279].

De hecho, el autor aprovecha el fondo social de la obra de la rebelión obrera para criticar a la sociedad y la política del momento, del pleno siglo XIX:

> ¡Qué misterios, lectores! No hay obreros que pidan importunos sus pagas, como en la época de Felipe II, ni magias, ni ilusiones, ni hechizos como en la de Carlos II, ni lances de guerra, como en la de Felipe IV, ni cacerías, como en la de Carlos III, que hay cosas para reír a lágrima viva, y llorar a dos carreras de dientes[2280].

Sin embargo, la revuelta será brutalmente reprimida y con tintes de tenebrosa crueldad. El objetivo de la obra parece mostrar cómo El Escorial estaba manchado de sangre y de dolor por el

---

[2277] Manuel José QUINTANA: *Obras completas*, Madrid, Atlas, 1946.
[2278] Antonio REY HAZAS: «Carlos V y Felipe II…», p. 284.
[2279] Gabino LEONOR: *Misterios del Escorial. Novela histórica*, Madrid, Est. Literario-tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, 1845, p. 16.
[2280] *Ibid.*, p. 25.

deseo del Felipe II y su corte, quedando en la más caprichosa soledad la nueva construcción desde entonces:

> Un silencio profundo reinaba en el recinto del alcázar; el viento hacía un sonido lúgubre en las oscuras cantinas y bóvedas mudas, en donde ya no se oía la voz del trabajador; el eco triste de algunos ayes de dolor sonaba en las montañas, el ruido de los torrentes se escuchó por primera vez en el sagrado recinto, como ahora se escucha espirando en las paredes marmóreas del Mausoleo de los reyes edificado en las entrañas de la tierra, y al nacimiento de una mina de agua salitrosa[2281].

Evidentemente, hubo sectores literarios próximos al catolicismo y absolutismo que se sintieron identificados con los reyes de la Casa de los Austrias, especialmente Felipe II, y justificar así la existencia del Santo Oficio, los privilegios de la Iglesia y la nobleza, etc. En este sentido, podemos destacar a Valentín Gómez, figura próxima al carlismo, quien reivindicó la figura del *Rey Prudente* en su ensayo histórico-crítico sobre Felipe II (1879) y que no dudó en trasladar algunas de sus reflexiones a sus obras literarias para reivindicar una imagen conservadora de la historia nacional, la función del rey dentro de la Monarquía, la catolicidad de España, etc.

A pesar del «austracismo» dominante en gran parte de la literatura del siglo XIX, que vinculaba los reinados de la Casa de Austria con el absolutismo, la represión de las instituciones representativas, la intolerancia y la decadencia española, a partir de la Restauración, la imagen negativa que se tenía de la dinastía Habsburgo cambió sustancialmente. Por un lado, López-Vela considera que en ello tuvo mucho que ver el mayor rigor académico que caracterizó a la labor histórica, desprovista de un menor compromiso en la trifulca histórica cotidiana, lo que se manifestó en la literatura[2282]. Por su parte, Versteegen otorga un destacado papel a Cánovas del Castillo, quien, a través de sus estudios, se empeñó en «nacionalizar» a los Austrias, presentados como el «apogeo mismo de nuestra historia»[2283].

Conclusión

La literatura nos permite vislumbrar a la Monarquía a través de la imagen que de ella se forjaron sus contemporáneos. En este trabajo, se han excluido los textos literarios que reflejaron el papel de la monarquía decimonónica en esa sociedad revolucionaria y burguesa que se hacía camino en el panorama cultural, político y social de la España del siglo XIX y que se convirtió en la auténtica protagonista de la literatura, como representante de la nación, especialmente a partir de la segunda mitad de la centuria y con el Realismo como principal corriente literaria. No obstante, a pesar de no atender directamente a las figuras de Fernando VII, la Reina Gobernadora María Cristina, Isabel II, Amadeo de Saboya o Alfonso XII como personajes literarios, lo que queda para otra investigación, no significa que no estuviesen presentes en la mente de los escritores decimonónicos cuando abordaron la institución regia en su dimensión histórica. De la misma manera que durante el Antiguo Régimen la Monarquía tenía una fuerte dimensión simbólica, el liberalismo, con las

[2281] *Ibid*., p. 225.
[2282] Roberto LÓPEZ-VELA: «Historiografía y recreación de la historia…».
[2283] Gijs VERSTEEGEN: *Corte y Estado en la historiografía liberal. Un cambio de paradigma*, Madrid, Polifemo, 2015, pp. 438-452.

corrientes literarias que lo apoyaron, especialmente el Romanticismo, en su objetivo de establecer una monarquía constitucional, necesitó «establecer un diálogo con la tradición, en busca de un poder solemne, estable y representativo, pues era eso, y no otra cosa, lo que el liberalismo pretendía de la institución monárquica»[2284]. En este sentido, el binomio historia-literatura, unido al de literatura-política, sirvió a la perfección para dicho objetivo, con el que la Monarquía, como símbolo histórico, pudiese vincularse al proceso de construcción de la nación. Aquella Monarquía de otros siglos, encarnación del régimen absoluto, podía servir como ejemplo para el comienzo de los nuevos tiempos, bajo la interpretación liberal. Así la literatura se convirtió en una pieza clave del proceso de reconfiguración simbólica de la monarquía dentro del sistema político liberal.

En este trabajo, se ha atendido a la visión que, de alguna manera, los escritores del siglo XIX trasladaron en torno al papel que desempeñó históricamente la Monarquía y algunos de sus representantes. De la misma manera que el mito contemporáneo no surge libremente y es creado con una intencionalidad política, no debe sorprender que la elección de ciertos mitos clásicos o históricos tuviese esa misma determinación. En el siglo XIX, cuando se utilizaban, en ocasiones de manera anacrónica, ciertas alegorías e imágenes antiguas y modernas, en alusión a un tiempo pasado, se estaban proyectando las aspiraciones del propio siglo. El contexto en el que se movieron los literatos y, especialmente, la posición que ocupaba la propia institución regia hicieron ver la necesidad de una reinterpretación histórica del pasado atendiendo a quienes habían sido sus más notorios protagonistas. Al fin y al cabo, durante la época isabelina se optó por un cierto reduccionismo histórico que equiparó la evolución política en la historia de la monarquía, convertida en un símbolo del Estado[2285].

Por ello, era tan importante recurrir a esas viejas glorias del pasado con el fin de construir, a partir de su ejemplo o no, el ideal de monarquía liberal que se quería alcanzar y, con ella, el Estado-Nación. Esto explica el tratamiento desigual y las distintas imágenes que los escritores lanzaron en sus obras sobre los reyes del Medievo, como Pedro I de Castilla e Isabel la Católica, o la dinastía Habsburgo, especialmente Carlos I y Felipe II. De acuerdo con sus posiciones políticas e ideológicas, trasladaron en el texto la visión que tenían de la Monarquía y qué ejemplos, o no, la Monarquía Constitucional debía adoptar, propiciando un modelo de pensar que, evidentemente, influiría en la opinión pública, motor del cambio político, social y cultural en el siglo XIX.

[2284] Carlos REYERO: *Monarquía y Romanticismo. El hechizo de la imagen regia, 1829-1873*, Madrid, Siglo XXI, 2015, p. 16.

[2285] Paloma CIRUJANO MARÍN, Teresa ELORRIAGA PLANES y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN: *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, Centro de Estudios Históricos-CSIC, 1985.